

LA EDAD TEMPRANA

I

La veo dormir, se remueve inquieta en la cama, aferrada a la almohada como si se tratara de un escudo protector. Debe estar inmersa en un sueño tenso, de esos que provocan ansiedad y miedo, pero su dormir siempre me parece nuevo y bello. No me hartó de contemplarla y trato de descubrir lo que le perturba. Qué no daría por conocer sus sueños, sus pesadillas, sus fantasías, sus ambiciones. A veces me ofrece pistas que me sirven de estímulo para seguir buscando. Cada uno de sus gestos se convierte en un motivo para observarla. Ya llevo más de cinco años vigilando su descanso, interponiéndome entre los ruidos molestos que la puedan despertar, contrayendo mis paredes para que no coja frío en invierno y ofreciéndole ventilación cuando el calor aprieta con saña durante el verano. En realidad, solo hago aquello para lo que estoy concebido, pero su llegada y su actitud me han llevado a hacer distinciones entre mis ocupantes.

María, que nombre tan sencillo y tan hermoso, siempre deja que entre la luz de la farola por la ventana del dormitorio para distinguir la silueta de aquellos objetos que la rodean cuando abre los ojos durante la noche y se siente débil en la oscuridad. Es algo que no necesito, la luz es prescindible para mí. Yo distingo y siento, con y sin iluminación, pero reconozco que algunas personas se ven favorecidas ante ciertas fuentes de luz. María no necesita que la favorezcan. La veo como la más hermosa porque su presencia ha supuesto el estímulo para creer en mi memoria y para dar salida a los sentimientos que albergo, porque yo también me emociono, sufro, río y hasta lloro. No como los hombres. Mis sentimientos no son perceptibles por los humanos. Bueno, con alguna excepción, creo que ella sí se percata y en muchos momentos me ha cuidado como si yo fuera lo más preciado que tiene. Puede que mi benefactora piense que no soy capaz de darle respuesta, pero creo que la amo, suponiendo que un edificio vulgar esté autoriza-

do para expresar esa palabra de la que los humanos se han apropiado en exclusiva, como si todos fueran conocedores de su auténtico significado y lo mostraran en cada gesto. Pienso que no existe otra manera de expresar lo que siento por ella. Desde que apareció por el inmueble para ver el piso que se alquilaba, y aceptó las duras condiciones impuestas por el propietario, se ha convertido en el centro de mi mirada, aunque no hasta el punto de que se haya limitado mi capacidad para observar lo que me rodea. Durante más de treinta años he visto demasiado y conozco con detalle las interioridades de las otras viviendas y locales que albergo. Algunos de mis ocupantes llevan casi tanto tiempo como yo en la calle Olvido 27. Podría hablar de viejos compañeros de viaje, pero la mayoría apenas si han sido conscientes de mi presencia, y no los culpo porque nadie los ha educado para percibir todo lo que les rodea, sobre todo cuando se trata de algo que los humanos consideran inerte.

Supongo que mi curiosidad existía antes de que María apareciera. Almacenaba muchos datos en lo que los humanos llamarían subconsciente que no sabía cómo utilizar. Nunca me había permitido dar crédito a mis percepciones ni, mucho menos, dejar refrendo de ello por escrito para que otros curiosos puedan conocer mi existencia y la de aquellos individuos que han morado entre estas paredes.

Es posible que sea necesario un poderoso acicate para embarcarse en tan arriesgada labor: nada menos que la búsqueda en los suburbios de la memoria y dar vía libre a la fantasía para que otorgue algo de belleza a lo narrado. En este caso, a la presencia de esa musa real hay que añadir otro estímulo menos afortunado y más urgente que me ha hecho asumir esta labor sin dilación, como si un reloj hubiera iniciado la cuenta atrás. Por ahora creo conveniente ocultar ese motivo porque no ayuda en la labor de búsqueda, aunque puede que el lector no tarde en descubrirlo si persiste en la lectura.

Después de esta breve introducción, es justo que deje dormir a María porque todavía faltan dos horas para que el siniestro despertador cometa la osadía de despertarla con un molesto zumbi-

do carente de la dulzura que merece una musa.

Para enfrentarme al complicado reto de conceder interés literario a vidas que fueron concebidas para ser anodinas debo dar frecuentes saltos en el tiempo. La memoria, que tiende a convertirse en traicionera con la edad, se fragua con la suma de una serie de instantes que solo adquieren coherencia y entidad cuando son reelaborados por una mente creativa que elimina los tiempos muertos, aquellos en los que solo se suceden acontecimientos rutinarios que no dejan huella en el devenir de una persona.

Supongo que así funciona la memoria en el mundo de los humanos. Puede que el cerebro, o alma, de los objetos subordinados al hombre funcione de forma diferente. Esta es una novela dirigida a los hombres y he procurado seguir sus propias reglas para redactarla. Hasta me he permitido la osadía de hacer conjeturas con planteamientos filosóficos un tanto arriesgados y polémicos, aunque no es mi fin el escándalo para aumentar la difusión de lo narrado. No me he marcado un objetivo mercantil que alcanzar, ni aspiro a lograr algún premio con lo escrito, solo me guía el deseo de dejar constancia de la existencia de un edificio desconocido, situado en una ciudad cualquiera y habitado por personas cuyos nombres no son dignos de aparecer en las enciclopedias o informativos de televisión.

Desde mi limitado y recientemente asumido conocimiento, puedo decir que toda familia lleva consigo una frontera, una muralla en apariencia invisible que raramente se romperá. Incluso se puede decir que cada individuo alberga dos caras y una barrera: la puerta que da a la calle o la de su propia habitación. Existe la *omerta* sobre todo lo que ocurre dentro del recinto familiar, y este silencio no puede ser violado sin caer en desgracia. Cuando se vive dentro de una comunidad, nadie quiere juzgar públicamente el comportamiento ajeno por miedo a enfrentarse con el propio, aunque se conjeture y critique con la actitud de los vecinos, pero siempre bajo unas estrictas normas territoriales. La frontera podrá hacerse más o menos flexible, pero existe, siempre existe. Estas palabras podrían haber sido pronunciadas por un filósofo, un so-

ciólogo o un psicólogo, sin que fuera imprescindible que sean unos lumbreras en su gremio, pero están dichas por mí, un vulgar edificio de una zona residencial de clase trabajadora ubicado en una pequeña capital de provincia carente de mar.

A lo largo de más de tres décadas de existencia, pocas para contar con probada experiencia y muchas para tratarse de un bloque mal construido, para enriquecimiento de constructores y disgusto de propietarios, he oído decir en incontables ocasiones la frase: «Si las paredes hablaran, lo que dirían». Pues bien, hablan y mucho, aunque no siempre seamos conscientes de ello ni nos esforcemos en hacerlo público por temor a la indiferencia o a la represión. También puede suceder que los humanos carezcan de la capacidad de escucharnos o de comprender nuestro idioma. No sé si me expreso bien o mal y no creo que las historias que pueda contar sean apasionantes, porque se limitan a lo que he visto, oído y percibido por otros medios más sutiles a lo largo de mi existencia en la calle Olvido 27 y en sus alrededores. Tanto como me han permitido las no muy privilegiadas vistas con que cuento desde mis balcones y terrazas y los delgados tabiques que separan cada una de las viviendas que albergo y que no suponen una barrera para mí.

Antes de profundizar en detalles particulares de todo lo acaecido a las personas que me han acompañado en tan larga travesía, es justo que el lector tenga un conocimiento preciso de cómo soy y de dónde me encuentro para que pueda calibrar la importancia de lo que voy a contar. La ciudad es lo de menos, en todas hay edificios que son similares, y vecinos que sin ser del todo clónicos de los que he conocido, con puntuales excepciones, sí que han vivido situaciones que podrían formar parte de esta historia íntima que no busca el morbo, pero que no pretende ocultar lo que muchos humanos desean esconder tras las herméticas puertas de sus viviendas.

No soy un edificio que se halle ubicado en medio de una calle bulliciosa, donde el trasiego de los ciudadanos pueda distraerme de las observaciones más sutiles. Estoy algo retirado del centro urbano, próximo a la ronda de circunvalación que se construyó

cuando se elaboró el plan urbanístico que recalificó una vieja zona industrial para beneficio de unos especuladores muy allegados a cierta autoridad municipal. Entre los ciudadanos de más edad, a este distrito se le conoce como la barriada de los Sifones, por la ubicación de una antigua fábrica de gaseosas y sifones que fue adquirida por una empresa multinacional a finales de los años sesenta. La llegada de nuevo capital fue acogida con la presencia de las autoridades, de fervor ciudadano y de un grupo de bailes regionales, al considerar que aportaría una mayor riqueza a la ciudad y un futuro digno a sus trabajadores. No habían pasado ni cuatro meses cuando los directivos cerraron la planta porque no la consideraban rentable, dejando a cincuenta trabajadores en la calle y obteniendo grandes beneficios con la plusvalía del solar, tras recalificarse el suelo mediante una maniobra política escandalosa que se mostró en la prensa como muy beneficiosa para la ciudad y sus habitantes. Junto a los terrenos de la antigua fábrica se construyó la estación de autobuses interurbanos, que dista pocas manzanas del lugar donde me encuentro y que ha estado vinculada con algunos de mis ocupantes.

La calle Olvido es una travesía situada a la espalda de la iglesia de San Agustín que une la calle del Calvario con el paseo de los Desamparados, conocido por la mayoría de los vecinos como paseo de los desesperados porque durante una larga temporada fue frecuentado por aquellos individuos que no encontraban sentido a su vida miserable. Se lanzaban desde lo alto de su paso elevado sobre los vehículos que circulaban bajo su estructura buscando un final rápido a su sufrimiento. En las estadísticas oficiales se recogen doce suicidios y tres casos de homicidio involuntario en tan funesto lugar. Lo de los homicidios se debe a que no solo murieron los que saltaban desde el puente, dos conductores y un acompañante fallecieron a consecuencia del accidente que provocaron los que saltaban. Ya lleva unos cuantos años en que no está de moda como lugar de suicidio para los que no encuentran sentido a su existencia, sobre todo desde que se inauguró el Mirador del Valle, prodigio de la arquitectura que tenía por finalidad que los ciudadanos pudieran disfrutar de las maravillo-

sas vistas que se pueden contemplar desde los sesenta metros de altura que tiene su terraza; pero muy pronto fue bautizado por los agoreros más sarcásticos como la rampa de escoñamiento, por los grandes alicientes que ofrece a los amantes del vuelo libre con destino a una fosa terrenal o al paraíso celestial, aunque es bien sabido que la religión católica niega el paraíso a los que optan por el suicidio como vía para marcharse del valle de lágrimas que es la vida.

Aunque físicamente me encuentre ubicado en la calle Olvido, mi fachada trasera, donde se ubican las terrazas de los pisos B y C de cada planta, está situada en el callejón de las Letanías, que conduce hasta la calle que da a la entrada lateral de la plaza que recibe el nombre de la iglesia. Supongo que habrá tiempo, en caso de que sea necesario, para ir conociendo en profundidad cada uno de los rincones que se hallan a mi alrededor, pero no estamos ante una narración de ladrillos, vigas, cemento y especulación. Esto solo es el marco que da cabida a un relato de sentimientos, emociones, decepciones y alguna que otra conquista. Es la historia de la vida de aquellos individuos que han morado entre mis paredes a lo largo de más de tres décadas, sobre todo la de los habitantes que han permanecido el tiempo suficiente para crear unos lazos que los unan a mis débiles estructuras y agrietados muros.

En total albergo dieciséis pisos y tres locales comerciales. En su origen fueron dos, pero ya habrá tiempo de explicar esa segregación forzada por crueles circunstancias. Los pisos A y D de cada planta tienen una superficie de noventa metros cuadrados y cuentan con un amplio salón, tres dormitorios, cocina, baño y terraza. Los pisos B y C, los que dan al callejón de las Letanías, no llegan a los setenta y cinco metros y cuentan con un dormitorio menos, además de que el salón y la terraza son algo más pequeños. Existen dos pequeños patios interiores, o tragaluces, entre los pisos A y B por un lado, y C y D al otro lado del bloque. A esos patios dan la cocina, a través de una pequeña terraza interior, y la habitación más pequeña de cada piso, y son utilizados por los vecinos como tendedores para colgar su ropa recién lavada, aunque casi todos los pisos guardan ropa sucia que no es tan fácil de

lavar. Las viviendas fueron construidas con suelos de terrazo, y la cocina y el baño estaban alicatados hasta el techo con azulejos blancos. Digo estaban porque a lo largo de los años los diferentes propietarios han realizado reformas para adaptar las viviendas a lo que ha ido imponiendo el gusto de cada época, y en la actualidad ninguna permanece tal y como fue concebida en su origen, aunque puede que no todas hayan mejorado con esa evolución estética.

El cuatro de mayo de mil novecientos setenta y cuatro fue el día en que en las oficinas de la constructora Perea, Rabadán y Asociados se entregaron las llaves de los pisos y locales a los propietarios que los habían adquirido, aunque no todas las viviendas fueron vendidas antes de que terminaran las obras, y algunas tardaron bastante tiempo en ser ocupadas por sus propietarios o inquilinos.

Quince meses antes había comenzado la construcción. Se vivía una época delicada en la historia de España, donde preocupaba más el desarrollo urbanístico en las ciudades, con ambiciosos planes expansionistas, que la propia calidad de las viviendas; como si la modernidad de un pueblo se midiera por la cantidad de pisos construidos. Era evidente que a esta nación, a la que le faltaba mucho para llegar a país, de líder único y eterno por la gracia de Dios –aunque maldita sea la gracia que le hacía a muchos–, estaba muy distante de la modernidad. Eso no se podía comentar en voz alta sin que se produjeran crueles represalias contra el que se convirtiera en portavoz; aunque se escapa de mis atribuciones juzgar a los regímenes políticos, y más cuando fui construido durante sus últimas bocanadas y sería fácil atribuirme logros de los que no soy merecedor.

En aquellos días, las inmobiliarias estaban más preocupadas del beneficio que sacaran por la especulación que de la calidad de los materiales empleados y del acabado final de las viviendas. Los constructores eran unos individuos que campaban a sus anchas entre los planes de urbanismo, rondando siempre la legalidad y repartiendo comisiones para contar con grandes beneficios a la hora de las recalificaciones de terrenos. Yo, por entonces, pensa-

ba que se trataba de algo propio de aquella época de caos predemocrático, pero han pasado más de treinta años y la situación parece ser que no ha cambiado demasiado en el sector de la construcción, aunque ahora se utilicen otras expresiones más vanguardistas para denominar lo mismo, como burbuja inmobiliaria, que suena a edificios que levitan como pompas de jabón, y los constructores más importantes se han convertido en dirigentes de grandes equipos de fútbol, famosos de la televisión o asesores políticos, lo que les otorga una imagen de seriedad y una amplia popularidad que resulta muy útil para tapar las grietas que aparecen en los cimientos de sus edificios.

Las obras se comenzaron a ejecutar bastante antes de contar con el permiso municipal. El proyecto fue firmado por un arquitecto que no apareció ni una sola vez por el solar para verificar que toda la construcción estuviera conforme a lo marcado por las ordenanzas, dibujado en los planos y con lo que se ofrecía en la propaganda que se dio a los compradores. Entre el aparejador, el maestro de obras y el constructor hicieron los ajustes necesarios para que los costes se redujeran en la misma medida en que se incrementaban sus comisiones. Solo bastaba con ahorrar hormigón en la cimentación, reducir la sección de las vigas y de los ladrillos, y otra serie de pormenores en cuanto a la instalación eléctrica, fontanería, pintura y acristalamiento. Eran detalles que para los compradores menos exigentes pasaban casi desapercibidos, pero que resultaban muy lucrativos para algunos bolsillos que carecían de escrúpulos.

El único incidente reseñable, y muy triste, ocurrido durante la construcción sucedió una fría mañana de diciembre del setenta y tres, precisamente el mismo día en que otro edificio de Madrid, mucho más conocido que un servidor, vio pasar volando sobre su terraza al vehículo que trasportaba al segundo hombre más poderoso del régimen. En Olvido 27 lo sucedido fue menos espectacular y careció de repercusión mediática. Un movimiento mal ejecutado por el operario que manejaba la grúa, al tratar de colocar una viga, provocó que un joven peón cayera desde lo alto del tercer piso. El muchacho apenas si pasaba de los veinte años,

acababa de terminar la mili y era su primera obra, pero no pudo continuar su carrera de albañil porque se golpeó en la cabeza con un montón de ladrillos y murió en el hospital unas horas más tarde. Las obras estuvieron paradas una semana, y durante esos días de desasosiego me di cuenta de que la bajeza de ciertos humanos carece de límites. El encargado de la construcción reunió a los trabajadores y les dijo que tuvieran mucho cuidado con lo que declaraban en el juzgado, porque todos habían visto muy claramente que el muchacho se resbaló del andamio a causa del hielo que cayó durante la noche. Ninguno tuvo valor para declarar lo que era evidente porque el trabajo no sobraba. El caso se cerró como un desgraciado accidente laboral causado por la negligencia del trabajador. La constructora, para celebrar la Navidad, tuvo el detalle de conceder una paga extra de cinco mil pesetas a cada uno de los trabajadores para que compraran regalos de reyes para sus hijos. La familia de la víctima recibió una cesta navideña para endulzarles el dolor y la indignación que sentían.

Ese es el recuerdo más triste que tengo de la fase de construcción, y puede que fuera el que me puso alerta para no perder detalle de lo que ocurriera en mi modesto entorno, aunque muy lejos estaba entonces de pretender que quedara constancia de lo aprendido. Pero como el fin de esta obra no es la narración de mis memorias ni hacer un exhaustivo análisis del sector inmobiliario, pasaré a contar la historia desde que llegaron los ocupantes de las viviendas, los auténticos protagonistas de este relato.

Los primeros que tomaron posesión de su piso fueron Manuel Fonseca, su señora, Virtudes Ortiz, y el hijo de ambos, Ricardo, que por entonces tenía once años. No solo habían comprado el 1º A, sino que también se habían quedado con el local que estaba debajo y en el que dos meses más tarde abriría sus puertas el bar Manolo. No se puede decir que Manuel fuera un hombre acaudalado para asumir semejante inversión. En realidad, llevaba muchos años trabajando de camarero en una cafetería cercana al Hospital Provincial, y su mujer lo hacía en la cocina del mismo local, pero hacía un año que le había tocado el segundo premio de

la lotería del Niño, un décimo que jugaba a medias con su cuñado, y que le costó cobrar porque su pariente quería quedarse el premio en su totalidad, lo que provocó un cisma familiar en el que se dijeron muchos insultos, se lanzaron graves amenazas y poco faltó para que se cargaran las escopetas de caza. La publicidad pregona que la lotería lleva la felicidad a todos los agraciados, pero en los anuncios no se dice que la avaricia es un mal muy extendido entre los humanos.

Manuel y Virtudes decidieron que había llegado el momento de invertir en su propio negocio. Consiguieron un crédito hipotecario en unas condiciones aceptables y se metieron a la vez en el piso y en el bar. Manuel confiaba en que su experiencia en la hostelería convirtiera en rentable la inversión. Para ellos era muy importante tener el trabajo debajo de su propia vivienda porque el mantenimiento de un bar es una labor muy compleja y requiere de un horario exhaustivo. Trabajarían con más fluidez e ilusión sabiendo que en el piso de arriba tenían su propia vivienda.

Debido a los múltiples gastos, tenían prioridad por abrir el bar para empezar a amortizar la inversión, por lo que ciertos detalles de su propio piso se fueron demorando ante la ausencia de tiempo libre. Todo el esmero que ponían en la decoración del bar, procurando que no se les escapara ningún detalle para que los clientes estuvieran satisfechos, en su propia casa se convirtió en descuido. Los marcos con las fotos que debían quedar colgados de las paredes permanecieron más de un año en un armario. Manuel no encontraba tiempo para hacer los taladros donde había que colocar las alcayatas que los sujetaran. Lo mismo ocurrió con la colocación de visillos, espejos y de lámparas en casi todas las habitaciones, algo que para el resto de las familias era de gran importancia porque deseaban que los visitantes quedaran complacidos por el orden y buen gusto. La casa de Manuel y Virtudes no iba a recibir demasiadas visitas porque casi toda su vida social se iba a desarrollar en el interior del bar. Tan solo la habitación de Ricardo estaba completa cuando se trasladaron. Virtudes no quería que su hijo pagara las consecuencias de la urgencia laboral que se habían impuesto y deseaba que tuviera las mismas oportuni-

des que los otros chicos para que pudiera optar a conseguir un trabajo menos sacrificado y mejor remunerado que el de sus padres.

El bar Manolo no tardaría en convertirse en un importante centro de reunión, no solo de los nuevos inquilinos del bloque, también de otros vecinos del barrio que se hicieron fieles clientes por la calidad de las tapas que elaboraba Virtudes y porque la tele del bar era la mayor de los alrededores, y en color. Era el lugar indicado para presenciar los partidos de fútbol y las corridas de toros más relevantes. Incluso la peña de los Chiqueros, una de las más antiguas y prestigiosas de la ciudad, trasladó su sede al bar Manolo, y en torno a las raciones de patatas bravas, champiñón al ajillo y de magro con tomate se realizaron animados debates taurinos. Todo eso ocurrió antes de que llegara el fatídico día de febrero del ochenta y uno, y que no tuvo nada que ver con el ataque a la democracia que sufrió el Congreso de los Diputados dos días más tarde, aunque no por ello sea menos digno de ser contado. Pero ya le llegará el momento a esa parte de la historia que exige de un capítulo propio por la trascendencia que tuvo en el devenir de la comunidad.

Al mismo tiempo que la familia Fonseca tomaba posesión de su futuro bar, comenzaron a amueblar su vivienda Alberto Pinares y su novia, Hortensia Díaz. Recuerdo que tenían mucha prisa para dejarla preparada porque se iban a casar diez días después en la iglesia de San Agustín. Durante los últimos meses habían acudido con asiduidad para ver la evolución de las obras y comprobar si todo marchaba como les habían prometido en la constructora. Se llevaron más de un contratiempo por el retraso acumulado, por lo que llegaron a temer que no les entregaran el piso antes de que se celebrara la ceremonia, lo que les habría causado un tremendo disgusto. Alberto, que no era un prodigio de moderación, tuvo un ataque de ira en las oficinas de la inmobiliaria y lanzó un cenicero contra un cristal de la ventana, lo que estuvo a punto de ocasionar una pelea con uno de los socios de la constructora, algo que finalmente se logró evitar entre Hortensia y la secretaria. A través

de un último esfuerzo por parte de los pintores, que eran conocidos de Alberto y le dieron prioridad a su piso, vieron cumplido su deseo de tener una vivienda propia cuando llegara el día más importante de su vida.

Alberto había cumplido veintiocho años y era fuerte como una viga, aunque no parece adecuado decir que se tratara de un joven apuesto, al menos según el canon de belleza imperante en la época. Apenas si levantaba ciento sesenta centímetros del suelo y tenía casi otros tantos de perímetro en la cintura. El escaso pelo mal repartido en su cabeza y una prominente nariz no ayudaban a compensar otras carencias en cuanto a presencia y modales. Alberto trabajaba como mecánico en el taller de automóviles que tenía su padre a la salida de la carretera general, y que pensaba heredar tan pronto como se jubilara el viejo, en apenas tres años. Ese era uno de los principales argumentos que daban aquellos malintencionados que no lograban entender que una joven hermosa, inteligente y dulce, como Hortensia, se hubiera sentido atraída por los exiguos encantos de un hombre tan primario, por no decir primitivo.

La actitud humana ante el amor es uno de los mayores misterios a los que jamás me he enfrentado, aunque no fui yo el que sospechara que el interés de Hortensia por esa boda fuera meramente económico. Soy tan ingenuo que, de entrada, pienso que todos los individuos son buenas personas, hasta que muchos con sus acciones me demuestran lo contrario. En realidad, fueron ciertos hombres interesados en los encantos de Hortensia y molestos con el carácter arisco del marido los que utilizaron esos argumentos para bromear sobre la falta de apostura de Alberto, lo que con el tiempo fue haciendo mella en la mayor de las debilidades del solvente mecánico: los celos, uno de los sentimientos más incomprensibles y reprobables de los humanos, aunque por ahora no pienso exponer mi tesis sobre ello.

Aún es pronto para analizar situaciones que todavía no se habían producido, y por entonces la pareja estaba muy ilusionada con su enlace matrimonial. Se instalaron en el 4º C. Eran jóvenes y no les preocupaba que les hubieran entregado el piso sin haber

instalado el ascensor –cuyo hueco permanecería vacío durante cuatro años por el incumplimiento de la inmobiliaria y por la falta de acuerdo en las reuniones celebradas en la comunidad de propietarios a la hora de asumir el importe de las obras–. Hortensia hasta lo llegó a considerar como una ventaja, porque de ese modo mantendría cierta distancia sobre su suegra. La vieja, aquejada de reuma, no se acercaría todos los días al piso con su gesto avinagrado y aires de superioridad para decirle cómo tenía que cuidar a su hijo, la mejor manera de limpiar la casa y todo lo que debía cocinar para que el muchacho estuviera contento. A Alberto solo le gustaba lo que guisaba su madre, y no se puede decir que su dieta estuviera compuesta por manjares de la alta cocina, como delataba su volumen corporal.

Hortensia estaba ilusionada por dejar el piso muy mono. Ella misma había confeccionado las cortinas y las colocó ayudada por su madre. Alberto no era muy mañoso para ayudarla en las labores del hogar y carecía de un mínimo sentido estético; sin embargo, era muy diestro con los motores y trabajaba muchas horas en el taller, por lo que la grasa y el olor a gasolina se convirtieron en sus compañeros habituales cuando llegaba a casa, y en uno de los mayores peligros para la limpieza y ambientación del piso, algo que Hortensia consideraba esencial para la convivencia.

El día de la boda casi todo lo básico estaba colocado, aunque quedaban muchos huecos en las estanterías para colocar sus futuros recuerdos. Más adelante Hortensia colocó los marcos vacíos que les regalaron durante la boda y que estaban destinados a encuadrar las fotos que reflejaran sus vivencias más hermosas. Tuve la impresión de que esa casa no iba a ser un lugar que guardara muchos libros, salvo una de esas enciclopedias que otorgan sensación de cultura y dan cierta clase al mueble del salón cuando se colocan en la repisa que está situada encima de la televisión. Con el paso del tiempo esos volúmenes suelen adquirir una gruesa capa de polvo por la falta de uso, lo que, por otra parte, les confiere cierta solera.

En la noche de bodas inauguraron la cama grande con colchón de muelles. Hortensia era virgen, como estaba bien visto en

aquellos años, pero no me voy a extender en detalles sobre todo lo que pasó esa noche. Puede que sea un tanto indiscreto a la hora de expresarme, pero no me gusta extenderme en actos íntimos y privados de mis inquilinos, salvo cuando sean trascendentes para el devenir de la historia. De aquella noche solo puedo decir que Alberto se sintió satisfecho por la virtud de Hortensia, y que ella... Bueno, puede que ella soñara con algo distinto cuando seguía con entusiasmo los seriales radiofónicos de las cuatro de la tarde, como *'Simplemente María'* o *'Lucecita'*, mientras bordaba en el taller de doña Artura, y escuchaba las voces sugerentes de hombres que debían ser muy apuestos y ardientes amantes.

Otro de los primeros en ocupar su vivienda fue Enrique Moraleda, un joven policía municipal que llevaba siete años de servicio en el cuerpo. Llegó acompañado de su esposa, Berta, y de su hijo, Apolo, de año y medio. En realidad se llamaba Apolonio porque el cura se había negado a bautizarlo con el nombre de un dios hereje, pero su madre jamás permitió que se usara otro nombre para llamarlo que no fuera el de Apolo porque estaba convencida de que su hijo llegaría a ser tan grande como un dios, y en cierto modo sus predicciones no iban desencaminadas.

La historia de amor vivida entre Enrique y Berta es bastante peculiar y escapa a los modelos conocidos entre los humanos, al menos entre los que yo conozco. Berta había llegado a la ciudad convertida en una de las grandes atracciones del Circo Universal, un pequeño circo ambulante que se instaló en la explanada del convento con la intención de permanecer entre una y dos semanas, dependiendo de la respuesta de público. En los gastados carteles anunciadores, que debían haber recorrido cientos de plazas sin ser renovados, en grandes titulares y con letras rojas se citaba como principal atracción a la gran equilibrista y estrella mundial del trapecio, Berta Garbo, junto con otros destacados artistas llegados desde los cinco continentes.

El Circo Universal no llegó a realizar ninguna de las funciones previstas en la ciudad porque sus propietarios, los hermanos Buffonni, desaparecieron el día antes del estreno como los mejo-

res escapistas, tras dejar al circo en la ruina y a todos los empleados sin cobrar el dinero que les debían. Durante varios días los trabajadores abandonados ocuparon los titulares de la prensa local y varias instituciones contribuyeron para que los artistas no pasaran hambre, y para que los dos leones y un oso de media luna pudieran ser trasladados hasta el zoológico más cercano. Nueve de los diez artistas regresaron a sus lugares de origen para intentar recomponer su vida. Pero Berta Garbo no tenía un lugar al que regresar ni vida que rehacer. Viajaba acompañada por su madre, una vieja lanzadora de cuchillos y hachas que vivía martirizada desde que un cuchillo mal lanzado se clavó en la pierna de su amado esposo, muy cerca de sus atributos, durante una función en Miami. Aquel cuchillo no mató a Donato, pero le produjo una molesta cojera y una terrible depresión que le dejaron incapacitado para trabajar de funámbulo en el alambre, su otra especialidad circense. Tres meses más tarde, Donato Casuso amaneció balanceándose del trapecio con una soga atada al cuello. Aquel día se convirtió en el final de la carrera artística de la india Estrella Cherokee, como la anunciaba el presentador cuando saltaba a la pista cargada con todo su armamento. El suicidio de su esposo también supuso el inicio de las depresiones de Tomasa Pérez, su verdadero y odiado nombre. Su hija Berta había nacido y creció jugando en el circo. Ella no había sido educada para aprender otro oficio, por lo que viajó de carpa en carpa, siempre cargando con la madre y su neurosis hasta perder la hermosa figura que había tenido a los dieciocho años y que le supuso una larga lista de admiradores en todos los circos donde exhibió su palmito caminando sobre el alambre o haciendo filigranas en lo alto del trapecio.

Los tiempos de relucientes lentejuelas y carpas repletas habían quedado ocho años atrás. Los mejores circos la dejaron de lado y Berta producía una impresión triste cuando daba torpes pasos por el alambre. Hacía dos años que no subía al trapecio porque sus brazos no soportaban su propio peso, y cada vez que lo miraba se sentía como una gaviota lastrada con alas de plomo.

Las dos mujeres, sin un lugar al que regresar, se quedaron vi-

viendo en la caravana que funcionaba como taquilla. Los otros vehículos fueron retirados por el ayuntamiento a un depósito de coches hasta que un juez decidiera lo que se debía hacer con ellos. Enrique Moraleda fue el policía municipal que más se había ocupado en ese caso y Berta no le había pasado desapercibida. A pesar de la imposibilidad para subirse al trapecio y de una dudosa capacidad para mantenerse erguida sobre el alambre, le parecía una mujer que conservaba cierto atractivo, aunque él no era un hombre muy versado sobre belleza femenina. Durante tres semanas se encargó de llevar comida y ropa de abrigo a las artistas solitarias, a cambio de que ellas le contaran sus gloriosas aventuras como estrellas de fama mundial, desde Nueva York hasta París, Montecarlo, La Habana o Moscú. Eran relatos apasionados, llenos de glamour, donde las dos mujeres se disputaban el turno para loar sus gestas jamás repetidas. Enrique no tardó en darse cuenta de sus exageraciones, pero no le importaba porque eran historias que le trasladaban hasta los confines más lejanos de una ciudad que solo había abandonado para cumplir con el servicio militar.

Una lluviosa tarde de otoño, cuando las mujeres parecían resignadas a un agónico final lleno de dolor y olvido, Enrique se armó de valor y le pidió el matrimonio a Berta. Ella, renunciando a la idea de grandeza que había cultivado durante años, aceptó porque se veía incapaz de salir adelante sola. Hasta en La Gaceta, el periódico provincial, salió un bonito reportaje con motivo de la boda que hablaba del apasionado romance de un policía municipal con una artista de circo, que el cronista tituló: «Amor sobre el trapecio».

Durante dos años vivieron en la pequeña casa de Enrique, donde nació Apolo y murió la india Estrella Cherokee a causa de una sobredosis de somníferos, aunque en el certificado de defunción constaba que lo hizo a causa de una insuficiencia cardiaca para no perjudicar la carrera profesional de un miembro de las fuerzas de seguridad local. Cuando Berta estaba embarazada de Atenea pudieron meterse en el piso, y tres años más tarde nacería Zeus, el tercer hijo de la familia, o tercer dios, como decía su

madre, que ya había recobrado los delirios de grandeza perdidos durante los años de zozobra y que había puesto su empeño en que sus vástagos llegaran a ser unos grandes artistas que la llevaran a estar rodeada del lujo que ella no supo mantener. Esta idea no era compartida por Enrique, que era partidario de fomentar ambiciones más modestas para sus hijos, pero él era tan buen policía fuera de casa como hombre débil de puertas adentro, aunque esto lo trataban de ocultar para no perjudicar su reputación de eficaz defensor del orden público.